

El pensamiento de Arizmendiarieta en su contexto.

En el centenario de su nacimiento

Azurmendi, Joxe

Arizmendiarieta está considerado como el fundador –o inspirador– del movimiento cooperativista de Mondragón, surgido a mediados del siglo XX en el pueblo gipuzkoano de Arrasate/Mondragón. La experiencia cooperativa mondragonesa comienza en el otoño de 1956, cuando cinco jóvenes trabajadores se hacen con un pequeño taller y, a la luz de las enseñanzas de Don José María Arizmendiarieta, inician en común la búsqueda de un “modelo humano de empresa”, ensayo que acaba en el modelo cooperativo. Actualmente la Mondragón Corporación Cooperativa, con 260 empresas cooperativas autónomas y 75.000 empleados en todo el mundo, es el primer grupo empresarial vasco y el mayor grupo empresarial cooperativista del mundo. La Corporación abarca empresas de producción industrial y agrícolas, de distribución y consumo (Eroski), de Finanzas (Caja Laboral Popular), de estudios e investigación (Ikastola, Politécnica, Universidad), Seguros (Lagun Aro), etc.

José María Arizmendiarieta Madariaga nació el 22 de abril de 1915 en Markina (Bizkaia). Ordenado sacerdote, llega a Mondragón en febrero de 1941, e. d., poco después de terminada la guerra civil española, que ha dejado muy marcada esta villa (así como su propia vida), y en plena II Guerra Mundial. Como coadjutor de la Parroquia será nombrado responsable del área de la juventud, dedicándose en cuerpo y alma a la organización de actividades deportivas, culturales y, sobre todo, de formación social y profesional de los jóvenes. Sólo quince años después de iniciada su labor de formación se atreverá a animar a los jóvenes a lanzarse al proyecto que será la experiencia cooperativa. Toda su vida seguirá muy de cerca, como guía y consejero, el desarrollo del movimiento cooperativo, atendiendo a la formación continua de los cooperativistas, dedicado al mismo tiempo a la formación de los jóvenes, hasta su muerte el 29 de noviembre de 1976.

El ideario de Arizmendiarieta ha sido recogido y sistematizado en nuestro estudio *El Hombre Cooperativo*, 1984 (hay versiones inglesa y japonesa; una ex-

posición resumida y pedagógicamente muy lograda puede verse –en euskara– en el libro *Lankidetzaren Arizmendiarietaren eraldaketa proiektua*, 2000, realizado por Lanki en equipo). El pensamiento de Arizmendiarieta, desparramado en numerosísimos artículos y notas, es, con todo, muy coherente. Su punto de partida es la doctrina social cristiana, así como los clásicos del cooperativismo, en especial del cooperativismo vasco anterior a la guerra civil. La fundamentación filosófica de su reflexión la ha llevado a cabo en base al personalismo, entendido éste más como una determinada inspiración o tendencia que como una escuela. (Arizmendiarieta no se ciñe estrictamente a ninguna escuela). Cabe destacar en particular la influencia de J. Maritain y E. Mounier.

La corriente personalista del siglo XX ha buscado una alternativa tanto al individualismo liberal como a los colectivismos dominantes (marxistas, fascistas), oponiendo a ambos la primacía de la persona y sus valores, reconocidos como esencialmente individuales y sociales a la vez. Ha conocido desarrollos distintos en Alemania, Francia, USA, más orientado unas veces hacia la intimidad de la persona, otras, más interesado en el compromiso público. Una parte del personalismo francés, con Mounier y Maritain a la cabeza, ha tenido un carácter marcadamente social y político, y ha ejercido una gran influencia en el País Vasco (también como antídoto del nacional-catolicismo español), no sólo en el clero y en Arizmendiarieta, sino en figuras públicas tan dispares como, por ejemplo, el Lehendakari José Antonio Aguirre, democristiano, o el socialista eibarés Toribio Etxebarria, marxista, por no citar a Carlos Santamaría, el personalista por antonomasia, llegando a conformar una especie de sentir común en la sociedad, que hará posible el surgimiento de un cooperativismo de inspiración cristiana en sus promotores, pero decididamente no confesional y de igual validez para creyentes y no creyentes. Puede verse J. Azurmendi, “Pensamiento personalista en Euskadi en torno a la guerra”, *RIEV –Revista Internacional de los Estudios Vascos* 41, 1, 1996, p. 77-98. El meollo del pensamiento de Arizmendiarieta lo constituye la afirmación de la dignidad de la persona: toda su filosofía cooperativista se reduce a sacar las consecuencias de ese reconocimiento y a comprometerse con las mismas.

Centralidad de la persona

“Lo primero es la persona” es una frase que se repite constantemente en Arizmendiarieta. Primero hay que ser personas, luego vendrá lo de ser cooperativistas. Las personas son el fundamento de las cooperativas. Si las personas no funcionan las cooperativas no funcionarán, etc. Todo el esfuerzo del coadjutor Don José María ha ido dirigido a hacer de los jóvenes de Mondragón personas, no a hacer cooperativistas. Eso ha venido más tarde y como por sí mismo. Y más tarde seguirá insistiendo: antes que cooperativistas somos –tenemos que ser– personas.

La idea de persona incluye la idea de comunidad: nacemos en una comunidad, nos hacemos personas en una comunidad, es también una idea repetida hasta la saciedad en sus textos. También aquí es sólo una consecuencia: organizaremos el trabajo como una comunidad de trabajo.



Landa, 1948.06.25. José Luis Iñarra, José Ubago, Jose M^a Arizmendiarieta. Fondo Arizmendiarieta.

Arizmendiarieta resalta siempre la centralidad de la persona, pero su discurso puede parecer a veces muy abstracto, lejano. Entendemos perfectamente sus palabras, pero quizá no su mensaje (algunas cosas no las entendemos porque las entendemos demasiado fácilmente). ¿Qué es esa persona a la que Arizmendiarieta le da tanta importancia y en qué radica la misma? Porque hay peligro de que, de tanto repetir, lo oigamos como se oye llover. Por otra parte, todos vemos que de hecho ninguno de nosotros es muy importante. Todos podemos ser sustituidos, y si nosotros faltamos no pasa nada. El mundo seguirá igual, el cooperativismo también. Por tanto, qué decimos, cuando decimos que lo esencial es la persona.

Conviene distinguir el plano teórico–filosófico y el nivel práctico–social. Arizmendiarieta tiene siempre en cuenta los dos niveles.

Muchas veces confundimos los dos conceptos, pero individuo y persona no es lo mismo. Un ejemplo puede ayudarnos a clarificar la diferencia: anoche el señor Fulano se ha emborrachado y le ha dado fuego a la casa; la mujer y los hijos han muerto calcinados. Hay un hecho, efecto de una acción; por tanto hay un sujeto material del hecho, y ese es el señor Fulano (individuo). Pero ese sujeto completamente ebrio no era dueño de sí mismo, por tanto no es responsable de lo sucedido, e. d., no es sujeto moral (persona).

Si nos preguntamos: tiene personalidad un perro? Si por personalidad entendemos carácter, como se hace muchas veces, seguramente sí. En cuanto responsabilidad, no: un perro no tiene responsabilidad. Tiene individualidad, no personalidad. Yo, en cuanto sujeto moral o persona, soy algo enteramente distinto

de todo lo demás en el mundo material. En el mundo hay causas y efectos, no hay intenciones, finalidades. El mundo no es moral – el sujeto moral no pertenece al mundo, podríamos decir. No soy una cosa, no soy un objeto: en cuanto persona soy siempre sujeto.

De ahí viene la dificultad: si no soy objeto, sino sólo sujeto siempre, qué es la persona no se puede definir, porque definirla significa convertirla en objeto. Yo puedo definir a Juan: hijo de X, de tal calle, trabajador de Z. Así defino a un individuo entre individuos; de la persona de Juan no llego a decir más que características sensibles que lo individualizan. Qué es ser persona, sólo se puede decir por rodeos, aproximaciones, no se puede decir directamente. Recurramos a Kant. El sujeto moral, que tiene impreso en su conciencia el imperativo categórico –dice aquel–, sólo puede ser reconocido y respetado. Transciende la experiencia sensible (la experiencia que me muestra tu rostro, tu cuerpo, tu vida exterior). No puede ser comparado a ningún otro ser en el mundo. A diferencia de todo lo demás, que tiene precio –dice Kant–, él sólo tiene dignidad. Como individuo puedo servir de instrumento para algo, tener más o menos precio, más o menos valor. Como persona, no: sólo tengo dignidad, una absoluta dignidad, igual en todas las personas, todas ellas completamente distintas como individuos. Por eso el individuo puede ser tomado y pagado como instrumento para un fin (por ej. económico, o militar); la persona es siempre fin en sí mismo, no es nunca un instrumento para otros fines del Estado, de la empresa o de quien sea. Con estas expresiones un tanto nebulosas Kant trata de expresar que el hombre y la mujer, por un lado, en cuanto individuos que tienen sus instintos y emociones, la necesidad de comer y beber, dormir, etc., son parte de la naturaleza. Por otro lado, en cuanto sujetos morales, no pertenecen al orden de los fenómenos naturales; pertenecen al orden del espíritu. “Son espíritu”, ha dicho el filósofo personalista Max Scheler.

(Algo puede ser entendido a distintos niveles. Para entender qué es una flor hay que entenderla como perteneciente al orden de la física y al mismo tiempo al orden de la vida; entender al hombre es, en expresión de Kant, entenderlo como un ser perteneciente a dos reinos distintos: al reino de la causalidad natural y al reino de los fines morales, e. d., al reino de la necesidad y al reino de la libertad).

Las grandes filosofías tradicionales han elaborado sistemas globales metafísicos: Platón, Aristóteles; en la modernidad Descartes, Spinoza...; luego filosofías de la historia: Hegel, Marx. El giro radical del gran sistema a la particularidad personal podríamos situarlo en Kierkegaard (1813–1855). Unamuno, etc., serán sus seguidores más conocidos entre nosotros. El término personalismo (en sentido filosófico) ha sido introducido por Ch. Renouvier en Francia (1903) para reivindicar el lugar de la persona en oposición tanto a los sistemas totalizantes de la ontología alemana como a los sistemas igualadores de toda realidad del positivismo naturalista dominante en las ciencias. Buena parte de las filosofías en torno a las dos Guerras Mundiales –la fenomenología, el existencialismo, el personalismo– y también buena parte de la literatura de esa época, se han centrado en el problema del hombre, de la persona, y se han esforzado en mostrar cómo podemos descubrir y vivir en la experiencia propia inmediata lo que no podemos decir a través de conceptos, de teoría. Descubrimos a la persona en el trato, escribe Gabriel Marcel. Descubrimos a alguien como persona cuando entramos en

comunidad con él: en el diálogo, en el respeto, en la aceptación de él como algo único. Para servirnos otra vez de un ejemplo: un “método” privilegiado para descubrir qué es ser persona puede servirnos el proceso de enamoramiento. Ahí alguien pasa de ser considerado individuo a ser reconocido y valorado como persona. En nuestro entorno se mueven miles de individuos; a muchos de ellos los conocemos de algún modo. Pero cuando amamos a alguien, éste deja de ser alguien. Deja de ser uno más para convertirse en alguien como ningún otro, único. Descubrimos su dignidad, su misterio, sentimos respeto. Debajo del individuo que aparece a la vista, el amor nos deja ver que posee una realidad completamente original, no reducible a conceptos prefabricados. Y esta transformación del individuo en persona va también transformándonos a nosotros mismos. La novela de Txillardegí *Leturiaren egunkari ezkutua* es una novela existencialista, pero puede ser leída como la fenomenología del proceso de cómo una chica desconocida que un buen día vemos casualmente en un parque, luego la conocemos, trabajamos amistad, nos enamoramos, etc., vamos transformándonos de individuos comunes en personas casi sagradas. La novela de Txillardegí es de 1957; quiere decir que, en la época de los comienzos del cooperativismo, cuando Arizmendiarieta desarrolla su pensamiento, estas ideas estaban muy presentes en Europa y también entre nosotros. En una entrevista Txillardegí recordó entre los autores que habían tenido influencia en él precisamente al personalista Gabriel Marcel.

En definitiva, lo que constituye a la persona es el misterio de su intimidad única: la conciencia, entendida en toda su riqueza. No sólo la conciencia moral, sino también la conciencia estética, la conciencia mítica o religiosa, la conciencia de la verdad, origen de la ciencia; o sea, todo lo que es más específicamente humano, lo que nos distingue como humanos. Que incluye la conciencia social, la conciencia de la comunidad.

Y con esto pasamos del nivel teórico–filosófico al nivel práctico–social del significado de la persona. A este nivel persona equivale a libertad, responsabilidad, madurez, solidaridad, etc.; exactamente las cualidades con que Arizmendiarieta describe al cooperativista. “La clave está en la conciencia de cada sujeto”, son sus palabras. Pero la conciencia hay que desarrollarla, trabajarla, educarla. Desarrollar la conciencia –en todos los sentidos– es desarrollar la persona. Y en la práctica la conciencia se desarrolla aprendiendo a descubrir en los individuos que nos rodean la persona, a respetar su dignidad, a conquistar todos juntos y darnos mutuamente la libertad, el apoyo; creando entre todos una comunidad libre y dueña de su trabajo, de su destino, comunidad de personas, no solamente de individuos. En resumen: nos hacemos personas creando un orden nuevo, de personas para personas.

Orden nuevo: otro concepto de Don José María que oímos como quien oye llover, y en todo caso hoy ha perdido ya seguramente su referente concreto. Sin embargo, para Arizmendiarieta tenía un significado preciso que conviene recuperar. Orden nuevo puede ser un concepto equívoco: lo han utilizado los fascistas, los comunistas, los Papas. Originariamente orden nuevo quiere decir negación y superación del capitalismo. “L’Ordine Nuovo” se llamaba el periódico socialista revolucionario de Gramsci y Togliatti en Turín, luego diario, en 1921 órgano del Partido Comunista Italiano. La idea de Gramsci era formar consejos obreros en las fá-

bricas que fueran instrumentos para la autoorganización y autogestión de los trabajadores, base de una democracia proletaria.

La idea del Orden nuevo de Arizmendiarieta es exactamente esa, aunque en la práctica sea luego bien distinta: es la idea de la autogestión y de la democracia proletaria, y de la creación –a través de ello– de una sociedad nueva. Sólo que él, y esta diferencia es decisiva, no deja esa responsabilidad en manos de un comité, o de un Partido o unos líderes, sino que lo confía a la conciencia y responsabilidad de todos y cada uno, a la comunidad de trabajadores como tal. Citando otra vez palabras suyas: “La clave de nuestro porvenir, la potencia en la que deberá asentarse un orden humano al margen de imposiciones extrañas, son las conciencias”. Arizmendiarieta es revolucionario, pero no es comunista (leninista); o viceversa, no es comunista, pero sí es revolucionario. El confía en la persona y en la conciencia, no en el Partido. “El hombre es la base de todo –son otra vez palabras suyas–; cual sea el hombre así será la sociedad”.

Del origen de los valores

Así, pues, soy persona: soy libre. Como libre puedo ser un santo y puedo ser un canalla. ¿De dónde viene la diferencia?

La conciencia no es un instinto innato, tiene que ser desarrollada. Se desarrolla por la educación. Ahora bien, la formación de la conciencia, por tanto de la persona, variará completamente según se guíe por unos valores o por otros: por el bien de la comunidad, la solidaridad, o por el bien individual propio, el interés egoísta. Eso es bastante claro. Pero aquí surge otra vez una pregunta, aunque generalmente preferimos no hacerla. El mundo, la naturaleza – los pájaros, los lobos– no tienen valores. Por tanto, ¿de dónde vienen estos valores que encontramos en la historia humana? ¿Quién los ha puesto ahí? Hay muchos intentos de explicación, y todos ellos se pueden subsumir en dos tendencias (valga la simplificación): una es que los valores los pone e impone la fuerza, el poder; y la otra es que los valores los crea cooperativamente la comunidad.

En la construcción teórica de Thomas Hobbes (en el s. XVII, o sea, en los comienzos de la modernidad), en los orígenes, en el estado natural de la humanidad, no hay ningún orden establecido; cada individuo es dueño entero de sí mismo, y el mundo pertenece a todos por igual. La libertad es total, que es igual a decir el caos es total. Como todo pertenece a todos, todos son libres de competir con todos el goce de cualquier bien. En esta competencia habrá más fuertes y menos fuertes, pero cualquiera tiene el poder supremo de matar en cualquier momento al contricante. Así no hay seguridad de vida en ningún momento. Como la seguridad de vida es el mayor interés de todos, todos llegan a un acuerdo para renunciar, todos y cada uno, a su libertad original, y dejar toda la libertad, e. d., todo el derecho, en manos de una institución, que es el Estado. El Estado debe proteger la vida y garantizar un orden en el que cada uno tenga acceso a los bienes necesarios para la vida. El hombre en estado natural es un lobo – “homo homini lupus” (aunque la verdad es que el lobo de la naturaleza tiene poco que ver con este lobo hobbesiano). La sociedad moralmente estructurada es artificial, no

es natural. Es obra del Estado. Y es el Estado el que impone los valores y la moral que deben regir la vida en sociedad.

Este esquema –el de la imposición como origen de los valores–, es también el que muchas veces sigue la Iglesia (Dios, o la Iglesia misma, impone unos valores, que están ahí, por encima de nosotros, y no tenemos otra cosa que hacer que somerternos a ellos), y en filosofía ha sido desarrollado de diversas formas en distintas escuelas de los siglos XIX y XX, y también hoy. Para Marx los valores no representan otra cosa que la defensa de los intereses de la clase dominante. Son un medio de tener alienado y atado –atado a su falsa conciencia– a la clase trabajadora. En el Manifiesto Comunista hay frases estupendas acusando la moral, la religión, etc., como prejuicios impuestos por la burguesía para asegurar su dominación. Más cerca de nosotros, Sartre ha rechazado igualmente los valores de lo que llama moral burguesa (y también el valor Dios) porque significan la negación de la libertad de cada uno. Con Darwin y el darwinismo la idea de la imposición ha adquirido una carga especial: el hombre tiene su origen en la naturaleza –en el animal–, y los valores que decimos cristianos –amor al prójimo, solidaridad, etc.– serían imposiciones antinaturales de las Iglesias. La naturaleza quiere el triunfo de la vida, sea del individuo o de la raza. Para Nietzsche los valores morales son la negación de la naturaleza humana a favor de un aparente espíritu que es también la negación del hombre. Para Freud el origen de los valores es la represión que la sociedad impone al individuo del instinto erótico y de la agresividad naturales. El orden de la civilización ha sido posible gracias a la neurosis colectiva así impuesta. O sea, sólo sacrificando la felicidad individual es posible la felicidad colectiva. Las diversas Filosofías de la Vida –Ortega y Gasset entra aquí en buena medida– propondrán el rechazo de todos los valores sociales colectivos, para que cada individuo cree sus propios valores, libre de cadenas morales.

En filosofía, en literatura, estos últimos dos siglos abunda el rechazo de toda moral habida hasta ahora, y las propuestas de una moralidad completamente nueva que libere al individuo de las viejas ataduras. Se puede citar otra vez el ejemplo de una novela en euskara, *Haur besoetako* de Jon Mirande (orig. 1954 – un caso de pedofilia como ejemplo del “hombre de verdad”, libre de prejuicios y coerciones sociales, frente a una sociedad que incluso en el amor se somete a las convenciones).

En todas estas críticas –en Marx, en Nietzsche, en Freud– hay muchísimo de verdad. Conviene tener presentes estas alternativas irritadas, toda esta atmósfera, para entender hoy bien el lugar de Arizmendiarieta y valorar el interés de su posicionamiento. Para tener claro dónde estamos, hay que tener claro dónde no estamos. En apariencia Arizmendiarieta no nos parece tan “moderno”; su discurso empalma, sin rupturas, con la tradición. Pero, dejando las apariencias, su pensamiento se sitúa en una línea filosófico–antropológica que en nada es menos moderna que las citadas. Todas responden al mismo reto.

Arizmendiarieta es personalista. El personalismo, como hemos dicho, es una corriente filosófica contemporánea, mayormente del siglo XX, que se divide a su vez en diversas escuelas. Lo mismo que las tendencias citadas más arriba, el personalismo responde a la catástrofe social y moral que ha causado la era industrial arrancando a los hombres y mujeres de su medio natural para amonto-

narlos en los centros fabriles. Como han descrito muy bien Marx y Engels, donde la burguesía ha llegado al poder, ésta ha desbaratado todos los valores heredados, ha destrozado los lazos familiares, las tradicionales relaciones patriarcales y feudales, ha reducido las relaciones humanas a relaciones pecuniarias, la emoción religiosa a cálculo económico, la libertad de espíritu a libertad de mercado, etc. En el capitalismo el hombre ya no es persona, apenas es siquiera individuo, ha quedado reducido a mero apéndice de la máquina. La película de Chaplin "Tiempos Modernos" lo expresa plásticamente.

En esta debacle de los valores, el personalismo no pretende inventar una moral completamente nueva, sino poner fundamentos nuevos en medio de las ruinas de los valores tradicionales, sin romper con la historia y la tradición. ¿Es esto quedarse a medias tintas? Ciertamente, se puede ser más revolucionario... La experiencia del siglo XX nos permite no tener ya demasiadas esperanzas en aquellas fantásticas morales completamente nuevas. La historia no se supera negándola.

Las escuelas citadas son una protesta contra la masificación y el amontonamiento de hombres y mujeres en la era industrial, y reivindican al individuo contra la sociedad. Para el personalismo individuo y sociedad no deben ser pensados en mutua oposición (salvo en casos patológicos), sino en colaboración mutua, que es lo que constituye a la persona. Nacemos en una comunidad, en comunidad alcanzamos la madurez como personas. Nos hace la comunidad, nosotros hacemos la comunidad. Persona y sociedad se hacen mutuamente en proceso circular. Y esta voluntad de cooperar en la construcción de una comunidad es el origen de los valores. No es la imposición de un poder tiránico, sino la voluntad de la gente de cooperar en la creación de una comunidad la que inspira los valores, partiendo de los valores más elementales de la experiencia diaria: no hagas lo que no quieres que otros te hagan a ti; haz a otros lo que quisieras que ellos te hagan; no seas arrogante, sino humilde, con los compañeros, etc. Valores que deseamos que rijan la convivencia, que decidan las relaciones de trabajo, la educación, la política, toda la vida comunitaria. Es cooperando, y para regir la cooperación, como se crean y aceptan los valores. La expansión de la cooperación equivale a expansión de la comunidad; profundizar en la cooperación significa dar solidez a los valores. El fin de este proceso circular es siempre la creación de y el servicio a la comunidad; su nueva creación. No es la satisfacción de los intereses individuales por encima de o contra la comunidad. Y luego, el fin de la comunidad es la creación y el servicio a la persona, libre, madura, dispuesta a servir a la comunidad sin ser su esclava.

Formación cooperativa

Todos los investigadores subrayan y Arizmendiarieta mismo recuerda que a la creación de las cooperativas ha precedido un período de educación y formación tanto profesional como sobre todo espiritual. La pregunta es: si el hombre es por naturaleza un ser cooperativo, ¿cómo es que necesita educación cooperativa? Un lobo no necesita ir a la escuela para aprender a ser lobo. ¿El espíritu cooperativo es ver-



1941. Con un grupo de jóvenes trabajadores. Fondo Arizmendiarieta.

daderamente natural al hombre, o es fruto de la educación (religiosa, por ejemplo)? A esta pregunta ya hemos respondido en alguna medida en otro contexto, diciendo, con Arizmendiarieta, que es natural: el espíritu de cooperación es el origen de la sociedad. Sociedad hay sólo donde hay cooperación. Pero una sociedad se puede estructurar de muchas maneras; por ej., de la manera de la explotación capitalista. Y ahora debemos subrayar, siempre con Arizmendiarieta, lo contrario: un espíritu cooperativo natural sí existe, pero no basta, es muy insuficiente. Sólo asegura la existencia de algún tipo –cualquiera– de sociedad. La cuestión es que, de las hormigas a las masas de siervos que levantaron las pirámides o a la hermandad de un convento de religiosos que convive según unos votos libremente emitidos, hay tipos muy distintos de sociedad. ¿Qué tipo de sociedad es el que nosotros queremos?

Frente a la primacía del individuo, no en, sino contra la sociedad, Arizmendiarieta subraya que el hombre es un ser comunitario cooperativo por naturaleza. “No en vano dijo el filósofo [Aristóteles] que el hombre que se basta a sí mismo es algo extraño al mundo humano; hay que catalogarle como Dios o bestia”. La tendencia natural del hombre no es buscar la soledad del desierto, ni el de meterse a guerrear “neoliberalmente” contra todo vecino. Al contrario, busca la compañía, compañeros de conversación y de juego, amigos con quienes compartir sus penas y alegrías. No es animal de rebaño, sino de comunidad. “Una cosa puede distinguir al hombre de la bestia en los momentos álgidos del placer y del dolor; es el hecho de o la necesidad que el primero tiene de comunicar con sus semejantes la alegría igual que la tristeza”, escribe Arizmendiarieta. El hombre es esencialmente un animal comunicativo: eso lo pone de manifiesto el hecho de que

entre todos los animales él es el animal hablante. El lenguaje puede ser y es frecuentemente instrumento de dominación (de ahí la importancia de la prensa y radio y TV al servicio del poder), pero es sobre todo la música de nuestra alma (los sentimientos, los deseos y esperanzas), y es la esencia misma del espíritu de cooperación y solidaridad. “Lo que originariamente nos hace solidarios es la capacidad efectiva de comunicación hacia nuestros semejantes. Por algo es el lenguaje recurso tan valioso de solidaridad. Pensar en voz alta constituye por sí un expediente de socialización, tal vez uno de los bienes más estimables y cotizables de la persona humana”. La persona, hablando, crea comunidad y crea valores de solidaridad.

El concepto del hombre cooperativo de Arizmendiarieta incluye, por tanto, 1. un concepto o filosofía de la persona, 2. un concepto de la comunidad, y 3. también un concepto o filosofía de la historia.

Lo mismo que la existencia diaria, Arizmendiarieta entiende la historia del hombre como obra de la cooperación. La historia que se aprende en la escuela (sobre todo en los tiempos de Arizmendiariet) aparece llena de reyes y batallas y conquistas. Pero el progreso de la humanidad no lo hacen las armas. El topo que subterráneamente hace, no deshace, la historia, es en verdad el trabajo en cooperación. ¿Qué cooperación?

La cooperación no es nada nuevo en la historia, es tan antigua como el hombre. Desgraciadamente ha sido demasiadas veces forzada, obligada, como el remar cooperativo de los cautivos en una galera, o el trabajo forzado por la pobreza en las industrias modernas. La historia de la cooperación esta llena de violencias y crímenes. Es preciso tener ante los ojos toda esa historia para entender, como contraste, la filosofía de la cooperación de Arizmendiarieta. (Su experiencia de la guerra ha sido decisiva: la masa de jóvenes sin formación es víctima facil de cualquier manipulación). La idea arizmendiana de la revolución cooperativa aspira a romper –aunque sólo sea en espacios limitados– con esa historia: asociando trabajadores libres. Puede parecer simple, demasiado simple para encender grandes entusiasmos (a las izquierdas vascas más revolucionarias las ideas de Arizmendiarieta no les entusiasmban). Pero es simple porque es fundamental. La cooperación no es necesariamente humana por el hecho de ser natural, tiene que ser convertida en naturalmente humana.

Hay en nuestra cultura una manera de entender la cooperación natural como una especie de competencia mutua, casi guerra a muerte. Estamos acostumbrados a ver en TV programas de las costumbres de los animales. Hoy hay una abundante producción televisiva, literaria, científica, de documentales que dan a entender que lo más positivo para la evolución y el progreso en el reino animal –y por ende, en el humano– es la lucha por la vida. En nuestros días esta visión de la existencia natural no se da sólo en la propaganda solapada, sino que se expone abiertamente también en la ciencia. Por ejemplo, el libro *El gene egoísta* de Richard Dawkins ha tenido un éxito inmenso, donde se defiende que la ley biológica básica, el imperativo de los genes, es el egoísmo, la lucha por la expansión del mayor espacio posible para asegurar la supervivencia y el triunfo contra todos los genes competidores. Muchos críticos han señalado que eso no es otra cosa que trasladar las leyes del mercado al campo de la biología, tra-

tando así, a la inversa, de justificar con la biología las leyes salvajes del neoliberalismo. Esta es una de las tendencias dominantes en el pensamiento moderno ya desde los tiempos de Darwin. La historia de la humanidad conocida hasta ahora es la historia de la lucha de clases, ha escrito Marx. Tenemos que entender a Arizmendiarieta precisamente como un rechazo radical de esa historia y de toda esa línea de pensamiento.

Pero una filosofía sólo se rechaza con otra filosofía, y eso nos da una pista para entender la riqueza del concepto de cooperación en Don José María. Para Arizmendiarieta la cooperación tiene sus bases: 1. en la naturaleza humana, 2. en la historia (por ej., en la tradición del auzolan de los caseríos vascos, del socialismo eibarrés), 3. en la religión (cristiana en su caso), 4. en la educación mutua.

El proyecto cooperativista no pretende sólo crear un nuevo tipo de fábricas. Es el proyecto de revolucionar la historia; de ponerle nuevos cimientos a la cooperación, por tanto a la historia. Arizmendiarieta renuncia, por un lado, a toda utopía revolucionaria y, por el otro, a toda violencia en los medios. La cooperación, para ser cooperación entre personas, tiene que ser cooperación libre: práctica de la libertad y con el fin de la libertad. Para ello primero tienen que ser libres las personas mismas. Estos sólo pueden ser libres si son dueños de su trabajo; y sólo pueden ser dueños de su trabajo si poseen formación para ello y disposición de espíritu.

Cuando se leen los textos de Arizmendiarieta se encuentra que el espíritu cooperativo tiene exigencias morales que a veces son realmente duras, pero no antinaturales. “El hombre no necesita anular sus pasiones, sino domesticarlas. El hombre no debe dejar de lado sus aspiraciones de superación, sino disciplinarlas y jerarquizarlas”. “Uno no nace cooperativista, porque ser cooperativista requiere una madurez social, un adiestramiento de convivencia social. Para que uno sea auténtico cooperativista, capaz de cooperar, es preciso que haya aprendido a domesticar sus instintos individualistas o egoístas y sepa plegarse a las leyes de la Cooperación”. La naturaleza no tiene que ser encadenada, pero sí trabajada. Una frase que gustaba de repetir era que el hombre no nace, sino que se hace; y se hace por la educación – por la educación mutua, porque el período de educación no se reduce a los años de escuela. La vida es la escuela donde todos somos a la vez maestros y alumnos los unos de los otros.

Arizmendiarieta ha pedido a los cooperativistas austeridad, disciplina, solidaridad generosa, idealismo. No para ahogar la naturaleza, sino para darle fuerza nueva y doblada, actuando siempre en comunidad –cooperación– y no a solas o unos contra otros. Segundo: dicho así puede resultar un tanto raro, pero tener conciencia cooperativa quiere decir tener una filosofía de la historia. Quiere decir que tenemos que ir aprendiendo a considerar la historia humana (el trabajo, la economía, la política) desde la perspectiva propia del pensamiento cooperativista. Conciencia de que, con el trabajo, estamos haciendo historia. Acabando con una cita más: “Conciencia de libertad..., conciencia de justicia social..., conciencia de desarrollo..., conciencia participativa”. Ser cooperativista tiene que ser un modo propio de ser persona; es decir, un modo original de estar en el mundo, de sentirse responsable del mundo y de la historia.